



UNIVERSIDAD BÍBLICA
LATINOAMERICANA
PENSAR • CREAR • ACTUAR

BACHILLERATO EN CIENCIAS TEOLÓGICAS
BACHILLERATO EN CIENCIAS BÍBLICAS

LECTURA SESIÓN 9

CTX 122 HISTORIA DE LA RELIGIOSIDAD INDÍGENA Y AFRO-LATINOAMERICANA

Duncan, Quince. “¿Existen las razas?”. En *Contra el silencio: afrodescendientes y racismo en el Caribe Continental Hispánico*, 19-55. San José, C.R.: EUNED, 2001.

Reproducido con fines educativos únicamente, según el Decreto 37417-JP del 2008 con fecha del 1 de noviembre del 2012 y publicado en La Gaceta el 4 de febrero del 2013, en el que se agrega el Art 35-Bis a la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, No. 6683.

¿EXISTEN LAS RAZAS?

ELABORACIÓN DEL CONCEPTO

El término raza ha sido objeto de muchas definiciones. Sin duda, es un concepto cargado de una mala historia, y por tanto, incluso hay círculos en que se hace lo posible por negarlo. En otras ocasiones, se utiliza de manera positiva, para recalcar la unidad de un grupo.

Vale la pena, por ende, comenzar este ensayo definiendo lo que se entenderá por raza en este contexto.

La palabra procede del italiano *razza* (Marquer, 1969) y significa familia o grupo y a la vez, procede del árabe *ras*, indicativo de origen o descendencia.

Por raza se ha entendido muchas cosas, algunas de las cuales se analizan más adelante. Lo importante aquí es precisar su uso en este estudio.

Raza se refiere a las diferencias físicas que hay entre grupos de seres humanos, tales como la forma de los ojos, el color de la piel, la forma del pelo. Estas características son biológicas, genéticamente transmisibles. Por tanto, no surgen espontáneamente en otros grupos. Es decir, constituyen en conjunto marcas distintivas de un grupo que tiene un origen territorial común.

Ahora bien, las categorías que se emplean para agrupar a los seres humanos en razas, son históricas y por tanto, socialmente seleccionadas. Vale decir, si bien los marcadores son biológicos y genéticamente transmisibles (por ejemplo el color de la piel) fueron escogidos por determinados grupos que al compararse con otros señala los aspectos somáticos relevantes que los diferencian.

Esas diferencias son históricas en tanto varían con el tiempo. Por ejemplo, en Egipto antiguo se consideraban cuatro razas: *rot-en-ne-nom* era la raza de "color bronceado", o sea los egipcios mismos. Los *namu* eran los asiáticos "de tez amarilla". Los africanos subsaharianos, los que hoy en día llamaríamos negros, "de pelo rizado", recibían el nombre de *nahasi* y los de origen europeo, de "color blanco", constituía la raza *tahumu* (Marquette, 1969:9)

Hay un dato concatenado que es de suma importancia en este punto, y es el hecho de que desde el punto de vista biológico los egipcios en sus orígenes eran negros y en la dinámica histórica del Imperio llegaron a ser mestizos de base afroasiática fundamentalmente, con aportes europeos más bien tardíos.

Desde el punto de vista de las ciencias sociales, también el concepto ha variado o se ha aplicado a diferentes niveles. Por ejemplo, se habla de la diferenciación humana que se ha venido dando a lo largo de la evolución como razas. A manera de ejemplos pueden citarse por una parte el árbol de Jacques Ruffie (citado por Diop, 1991:36) que distingue tres razas fundamentales cuales son los negroides, los mongoloides y los caucasoides, siendo los primeros negros, los segundos amarillos y los últimos blancos. En segundo lugar, está la clasificación que utiliza Marquer y que establece cuatro razas: la melanoderma, que corresponde a los negros de origen africano, la australoide, constituido por los aborígenes de Australia y Polinesia, la xantoderma, sea el grupo humano generalmente denominado como orientales e indígenas de América y la leucoderma que involucra a la raza blanca de origen europeo, incluyendo sus formas extremas que van desde los escandinavos hasta los beriberi del norte de África.

Lo anterior lleva a la comprensión de que los individuos de una raza no son idénticos entre sí. Además, no todos comparten todos los rasgos que sirven para marcar

el grupo. Por tanto, la categoría raza tiene que verse como cuestión estadística, en el sentido de que una persona será clasificada como integrante de determinada raza si posee suficientes rasgos para ser objeto de dicha clasificación. Además, hay algunos rasgos que son más o menos determinantes según la cultura particular y por tanto son los que van a privar. Por ejemplo, en América Latina el color es importante, pero se combina con la clase social de la persona. Un afroestizo puede ser clasificado como blanco o negro, según tenga mayor o menor grado de educación formal, según se vista y de acuerdo con la clase social a la cual pertenece. En los Estados Unidos, por lo contrario, una persona afrodescendiente es considerada “negra” independientemente del color de su piel.

Por raza entonces ha de entenderse en este contexto, *un grupo humano con rasgos biológicos comunes entre sí. Esos rasgos físicos son transmisibles genéticamente y no surgen espontáneamente en otros grupos.* Cada raza tiene un origen territorial común, pero en la actualidad se encuentran dispersas por todo el planeta. Los marcadores de cada raza surgen por comparación y son seleccionados culturalmente y por lo general, el grupo dominante impone su criterio.

Ahora bien, la clasificación en raza no implica necesariamente racismo. Todos los pueblos antiguos tuvieron alguna manera de referirse a sí mismos como distintos de

los demás grupos, pero no construyeron generalizaciones jerárquicas basados en factores somáticos.

MITOS ASOCIADOS A LA RAZA

POLIGENESIA

Desde la llegada del hombre europeo a América, se ha dado una larga discusión sobre el origen del ser humano. Una corriente, siguiendo la Biblia, ha sostenido que el ser humano tiene un origen común, habiendo descendido de una pareja primigenia. Otra corriente ha propugnado la poligenesia, o sea que el ser humano tiene orígenes diversos.

Una de las principales confusiones que se percibe por parte de algunos idealistas es la de confundir raza y especie. De hecho, por mucho tiempo los poetas han cantado a la única raza humana. Pero el uso del término en ese sentido se refiere más bien a la especie.

Sin embargo, contrastando con los poetas, los ideólogos coloniales llegaron al punto de sostener que cada grupo humano diferente constituía una raza. Aquí se da la confusión de raza y etnia y de raza y nación. En determinados momentos de la historia, se llegó a hablar por ejemplo de "raza francesa" y de "raza alemana". Poste-

riormente, se llegó luego al concepto de “raza aria” pero alegando que los celtas eran los verdaderos arios. En la América Latina se ha hablado de “raza latina”.

La unidad de la especie humana es un hecho irrefutable. El origen común ha sido ya demostrado con creces por los antropólogos, quienes tras un largo período de ocultamientos y tergiversaciones finalmente, sobre todo a partir de los trabajos de los Leakey han terminado por establecer el origen común de la especie *homo sapiens* en África. Todo parece indicar que el ser humano se originó en Kenya, puesto que cada día se encuentran allí fósiles humanoides más antiguos. El último anuncio establece en más de seis millones de años la presencia humana en dicha región.

Tal parece que a partir de ese hábitat común el *homo sapiens* inició su dispersión al resto del mundo, diferenciándose por procesos de adaptación. Ya Brace y Montagu (1965) habían documentado la relación existente entre la cantidad de melanina y la ubicación de grupo humano. En general desde el punto de vista histórico evolutivo, los grupos que se desarrollaron en el trópico tienden a tener la piel más oscura, dada la mayor cantidad de melanina en su cuerpo. En cambio, los grupos van perdiendo la concentración de melanina en la piel conforme se fueron alejando del ecuador en dirección hacia los polos. Hoy en día, por supuesto, el uso de viviendas, ropas y cosméti-

cos, hacen menos obvia esa relación, amén de los mestizajes intensos.

Otro factor que demuestra esa unidad, es el avance actual de los estudios genéticos. A partir de los análisis del ADN en el proyecto del genoma humano, se ha ido demostrando que esa unidad, sostenida por la Biblia e investigada por los arqueólogos, es un hecho científico irrefutable.

PSICOLOGISMO

Otro mito interesante es el de atribuir características intelectuales afectivas y morales a determinadas razas. Esto puede resumirse bajo la palabra *psicologismo*. Surge en los mismos albores del racismo. De hecho, Linneo, el primero que formula sistemática y consistentemente la doctrina del racismo, al clasificar a los seres humanos en cuatro grupos atribuye a cada uno una psiquis propia. De modo que, el *homo americanus* (indio) es obstinado, alegre, vago y sujeto a costumbres; el *homo asiaticus* (chino) es en cambio melancólico, avaro y fastuoso y se rige por la opinión; el *homo afer* (negro) es perezoso, de costumbres disolutas, y se rige por lo arbitrario, y, por supuesto, el *homo europaeus* (blanco) es fino, ligero, ingenioso y se rige por leyes.

Esta concepción arbitraria y a todas luces incapaz de sobrevivir el más mínimo análisis riguroso, evolucionó

hasta alcanzar formas menos burdas, como por ejemplo cuando la psicología en un momento dado quiso explicar el racismo a partir del temor por lo nuevo. Según esta posición hay que buscar en el instinto de agresividad de los infantes, la génesis última del racismo. Esta posición es rebatida entre otros por Bloch (1969) quien postula que, aun aceptando la teoría de la agresividad infantil como factor genético, el niño no sabe contra quien orientar su odio si no se lo dicen.

Pero sin duda, estamos nuevamente frente a la atribución de virtudes y defecto a las razas en tanto que lo que esta postura sostiene en el fondo es que los niños blancos y negros son diferentes en esencia, ya que el temor a lo desconocido lleva a los niños blancos a sentir odio por los negros, pero no conduce al niño negro a sentir odio por el niño blanco.

De nuevo aquí no se sostiene el argumento, puesto que hay racismo en el Caribe, a pesar de su multiracialidad, de modo que no es cierto que el temor a lo nuevo sea un factor importante.

NEGACIÓN DE LAS RAZAS

En los últimos años, algunos han llegado a postular la teoría de que las razas no existen. En parte, estamos frente a la ya enunciada confusión entre etnia y raza, o entre raza y especie.

Esta “teoría” que a pesar de su popularidad no ha sido formulada sistemáticamente, ganó por un tiempo muchos adeptos entre la intelectualidad latinoamericana. Cayó en un campo fértil, dado el estado de negación constante en que vive el latinoamericano, que no admite la existencia de ninguna forma de racismo entre la población local.

Sobre este punto específico, se debate extensamente más adelante. Lo importante aquí es señalar que la negación de la existencia de razas parece responder a varios problemas fundamentales: la dificultad de aceptar la diversidad; el miedo al efecto divisionista que pudiera tener la admisión de esa diversidad; el temor racista de una supuesta solidaridad racial que ponga en peligro el dominio blanco; la desmedida admiración por la cultura europea u “occidental”.

La diversidad ha sido uno de los grandes problemas que ha enfrentado la cultura occidental. Tradicionalmente, la diversidad se ha tolerado de muy mala gana en Europa. El concepto de igualdad supone para el europeo el ser idénticos. Es decir, el mismo idioma, la misma religión, las mismas costumbres. De ahí las guerras intestinas que desangraron a ese continente, la inquisición, el odio a los judíos, las cruzadas, las matanzas entre católicos y protestantes.

Esta dificultad está arraigada en la cultura desde los griegos, cuya lógica se centra en las oposiciones más que en las concurrencias.

La negación de las razas comenzó a gestarse en ciertas corrientes marxistas, que en su afán reduccionista de explicar toda la dinámica humana a partir de la lucha de clases, señalaron que las razas eran construcciones ideológicas sin base biológica.

Por supuesto que nuevamente es elemental rebatir esta tesis, con solo mencionar hechos que son verdades de Perogrullo, como el que no nacen niños blancos de madre china y padre negro, ni salen niños rubios de la mezcla de indios y negros.

Se reconoce nuevamente aquí que los criterios para determinar las razas son sociales. Si los pueblos africanos o los indígenas hubieran tenido la piel blanca, la piel no hubiera sido un factor importante en la determinación de las razas. Y si todos los europeos hubieran sido peludos y de ojos gatos, y los demás grupos de ojos rojos y lampiños, es posible que el color de los ojos y la pilosidad fuesen factores importantes en la definición racial.

En concreto, los marcadores de la raza son biológicos, aunque la decisión sobre cuales rasgos se van a usar sea cultural.

La negación de la existencia de lo obvio siempre es sospechosa, de ahí que se lance la hipótesis de que se está en

presencia de un temor racista a una supuesta solidaridad entre grupos no blancos que, al final, constituyen la mayoría de los seres humanos.

DEL CONCEPTO DE RAZA AL RACISMO

El racismo, la ideología colonial que se comenta en este ensayo, no es un fenómeno universal. Lo anterior es una afirmación categórica que, por supuesto, tiene que fundamentarse.

Un examen de las culturas antiguas no sugiere racismo alguno. Existen conflictos por motivos culturales, religiosos y fundamentalmente económicos. Pero en esas culturas no se ha descubierto una construcción ideológica que jerarquice a los seres humanos de manera sistemática, sobre la base de sus rasgos físicos.

Los griegos, cuya cultura ha sido tan insistentemente reivindicada por Europa Occidental, no muestran en sus escritos racismo alguno. Tienen sí un fuerte énfasis en su propia cultura y una cierta descalificación a todos los demás pueblos a quienes llaman “bárbaros”. Herodoto, insigne griego y padre de la historia occidental, viajó intensamente por el Mediterráneo y norte de África. En sus viajes, se encontró con “los argipinos mongoloides del sur del Ural con la cabeza afeitada”, a quienes llama no por el color de su piel sino por el rasgo que más lo impre-

sionó. Los denomina “los calvos”. También se encuentra con los etíopes, a quienes llama de “tinte oscuro”. Pero “le inspiran la más viva admiración, jamás se siente en él el prejuicio de color”. De hecho Herodoto los alaba. “Etiopía tiene oro en abundancia, elefantes enormes, numerosas especies de árboles salvajes, ébano y hombres de una altura, una belleza y una longevidad excepcionales”. (Rebérioux, en Comarmond y Duchet 1972:153)

Otro autor griego, Diodorus de Sicilia, sostiene que Erechteus, el griego que unificó el Ática, procedía de Egipto y Orfeo, el ancestro mítico de los helenos, fue iniciado en los misterios ocultos de Egipto.

Tampoco hubo racismo entre los romanos, lo cual se comprueba en el hecho de que esclavizaban por igual a europeos y africanos, sin distinción alguna del color de su piel. (Diop, 1981:92)

En la América precolombina tampoco hay trazas de racismo, aunque es más fácil explicar que no surgiera esta ideología dado el hecho de que las diferencias físicas externas entre los pueblos no eran tan grandes. Los pueblos del sur, agrupados por la Federación Incaica, tenían dos lenguas principales: el quechua y el aymara. Discutiendo con un destacado conocedor de esas culturas cuyo nombre no retengo, explicaba él la dificultad para traducir raza a esos idiomas, pues ni siquiera tenían una palabra para expresarlo. Simplemente no tenían ese concepto en su cultura.

En el África subsahariana, conocida como el África Negra, a pesar de que muchos de dichos pueblos tenían contacto con los europeos, no se desarrolló en ningún momento la idea de una superioridad o inferioridad racial.

En el siglo XV había en África dos centros intelectuales de fama internacional, Jenne y Tumbuctu, equivalentes de entonces de lo que serían las más modernas universidades actuales. Leo Africanus, un africano educado que terminó siendo esclavo del Papa León XI, describe a Tumbuctu, la que conoció personalmente, como un centro con “gran cantidad de doctores, jueces, sacerdotes y otros hombres cultos, mantenidos a cuenta del rey”. Relata dicho autor que se importaba una gran cantidad de libros, que estaban entre los bienes mejor cotizados. De hecho, el estado de Songhay que controlaba Tumbuctu, mantenía relaciones comerciales con Europa y sus naves llegaron incluso a España y Alemania. (Shinnie, 1970:78)

Pues bien, no se ha encontrado escrito alguno que señale la existencia de racismo en la región de Mali donde se desarrolló Songhay y los otros importantes reinos tributarios africanos de la época.

FORMACIÓN DE LA TEORÍA DEL RACISMO “REAL”

Como se ha señalado, hay muchas razas “aparentes” dadas por el mal uso del término raza. Pues bien, como

se verá, existen “racismos aparentes” y un solo racismo real.

¿De qué manera fue que se fue tejiendo el complicado trama que desembocó en el racismo real, tal como lo conocemos hoy en día? El racismo como doctrina es la ideología de los estados europeos durante su expansión colonial. Surge y se encuba a partir de la conquista y el proceso de colonización de América y África.

Es preciso reconocer la existencia de algunos factores históricos que pueden tomarse como antecedentes, que sin ser propiamente racismo, prepararon el camino. Pero ninguna de las formulaciones ideológicas anteriores pueden considerarse propiamente racistas.

PSEUDO RACISMOS

“RACISMO” DEL *HOMO SAPIENS*

Los que se adhieren a la creencia de que el racismo es un fenómeno universal, citan a su favor el conflicto entre el *homo sapiens* y el hombre de Neandertal. Supuestamente la desaparición de este último se explica a partir de su aniquilación por parte del *homo sapiens*.

Sin embargo, esto no es sino una mera especulación, puesto que la simple disputa entre dos grupos de humanoides no lleva a la conclusión de que la lucha se justificó a partir de una doctrina racista.

Por otra parte la verdad es que los estudios más recientes parecen confirmar el aserto bíblico que postula el mestizaje entre “los hijos de Dios” y las hijas “de los hombres”. En otras palabras, a la tesis de la aniquilación se opone o se postula como complementaria la asimilación, y esta postura gana terreno entre los estudiosos.

LOS MOROS Y EL “RACISMO”

El término “moro” es de origen greco latino. *Maures* en Griego y *maurus* en Latín significan oscuro. (Von Sertima.,1993:4)

Los musulmanes árabes habían completado la conquista del Norte de África ya en el 708. Su conquista no era simplemente militar, sino que incluía la transformación religiosa de las poblaciones, mediante su conversión al Islam.

En la conquista de Mauritania lograron incorporar a sus filas a un general africano de dicho país, conocido como Tarik, quien posteriormente en el 711 invadió España, cruzando el estrecho hoy llamado de Gibraltar con un ejército de doce mil soldados, iniciando de esa manera la conquista de la Península. De hecho el nombre español del estrecho es una corrupción del nombre original dado por los invasores en honor a su general (*Hebel Tarik*, es decir el cerro de Tarik).

Fue debido al hecho de que el ejército invasor estuviera integrado principalmente por marroquíes de pigmentación oscura, que se les dio el nombre de moros. Es interesante que en el idioma inglés exista el término *blakamoor*, es decir “moro negro”, que tiene el mismo origen descrito. (Jackson, en Lane-Poole: 1990: Introduction)

Por supuesto que el temor que se suscitó en toda Europa fue grande. Los moros pertenecían de hecho a la cultura de mayor avance tecnológico de la época. Incluso, no es posible olvidar que durante sus 700 años en Europa, restituyeron la herencia griega que se había perdido, pues fue a través de los maestros moro-españoles, que Occidente redescubrió a Aristóteles y Platón, olvidados por los bárbaros tras la destrucción del Imperio Romano.

Pero ese temor obviamente no llevó a los europeos a elaborar una teoría racista, porque en ese caso hubiesen resultado lógicamente de clase inferior dada la superioridad cultural de los moros.

Tampoco entre los moros hubo racismo. Ya señalamos que el general invasor era negro. Pero de todos modos, los seguidores del Islam distinguen entre los fieles y los infieles, pero nunca elaboraron una doctrina sistemática del racismo.

"RACISMO" Y LAS CRUZADAS

Aunque el Papa Urbano II en el 1095 hizo la convocatoria llamando a combatir a la cruel raza que se había apoderado de Jerusalén, la racionalización de las cruzadas fue más bien en términos religiosos. Los cruzados de camino y de paso, la emprendieron contra los judíos. Poco a poco, la idea del pueblo deicida, que había matado a Jesús, fue ganando terreno, hasta producir grandes matanzas de judíos.

Los judíos no constituían una raza diferente a los europeos, sino que sus características físicas variaban de país en país debido a la mezcla con la población local. El Concilio de Letrán, celebrado por los obispos en 1215, tuvo que ordenar que, en aquellos países en que no era posible distinguir entre cristianos, judíos y sarracenos, en el futuro "los judíos de ambos sexos se distingui[eran] de los otros pueblos por sus vestimentas"; y justificaban bíblicamente su decisión agregando que de todos modos "así fue prescripto por Moisés" (Rebérioux en Comarmond y Duchet, 1972:163)

La frustración cristiana por su fracaso en las cruzadas, alimentó la hoguera del sentimiento antisemita. No hay ninguna discusión en torno a la crueldad y total arbitrariedad de aquella implacable campaña de matanzas, expulsiones y conversiones compulsivas. El punto es que, sea como sea, no es posible hablar de racismo en este caso, porque muchas veces cristianos y judíos eran de la

misma raza, tanto que hubo que vestirlos diferente para poderlos distinguir.

La verdadera racionalización de las cruzadas está bien resumida en las palabras del obispo de Ostia, Enrique de Susa, quien en el siglo XIII razonaba que antes de la llegada de Cristo había príncipes gentiles a cargo de sus pueblos, pero que, a partir de Cristo, toda la autoridad fue concentrada en él quien a su vez la delegó en San Pedro y por sucesión, éste a todos los papas siguientes. Por tanto todos los pueblos gentiles debían someterse a la autoridad papal so pena de sufrir una guerra justa y si fuese necesario, ser aniquilados. (Martínez Montiel 1988: 46)

En resumen, los cruzados no fueron racistas. Lucharon por la dominación de una parte del Oriente, por el lucro y por el poder. Pero la justificación de su lucha no se dio en términos raciales sino religiosos. Era una lucha entre creyentes y no creyentes, de modo que el bautismo y no el color de la piel marcaba la diferencia. Aún no se habían elaborado los conceptos que posteriormente darían cabida a esa ideología colonial.

"RACISMO" EN LA INDIA

Algunas veces se ha querido relacionar el racismo occidental con el sistema de castas de la India. El hecho histórico en dicho país es que hubo un grupo invasor, ario, que invadió un territorio poblado por personas más bien negroides. La oposición fundamental se dio pues entre el

grupo blanco conquistador y el grupo negroide conquistado.

No obstante, hay escritos indios que recomiendan a los que pueden, casarse con cuatro esposas tratando siempre de que ellas sean de pigmentación diferente, lo cual muestra una voluntad de mestizaje y un reconocimiento de que el "otro" conquistado es también humano aunque de casta inferior.

Por otra parte, los indios no mostraban preferencia alguna por los demás pueblos blancos. Es decir, creían en su propia superioridad frente a la población negroide local, sin embargo, esa idea no los llevó a considerar que todos los blancos eran superiores, y por contraste, todos los negros eran inferiores. Incluso, hay un grupo de afrodescendientes en la India que fue traído por un emperador indio para constituir su guardia de palacio (Harris, 1971).

"RACISMO" AFRICANO

Se ha querido también ver en el conflicto entre los tutsi y los hutu, pobladores de Rwuanda y Burundi, en el África Central, como una manifestación típica de racismo. Se sostiene que la aristocracia tutsi, que es una minoría, impone su control sobre la población mayoritaria hutu y twa con criterios de superioridad racial (van den Berghe, 1967:12).

El caso es que los tutsi, un pueblo invasor de base ganadera, se establece en la zona y gradualmente, dada su cultura más avanzada logra imponerse sobre los otros grupos de orientación agrícola. Con ellos convivieron por siglos, mestizándose. Pero la cultura tecnológicamente más avanzada era el criterio fundamental de su dominio.

Los tutsi no elaboraron a partir de su posición de ventaja la teoría de que todos los morenos altos son superiores a los demás grupos humanos.

Las nociones racistas fueron importadas por belgas e ingleses, quienes comenzaron a utilizar a los tutsi para sus fines. Midieron sus cráneos, los compararon con los demás grupos, y los hicieron ver que eran superiores a los sectores dominados.

Otro ejemplo que se cita (van den Berghe, 1967:12) es el de los fulani en el norte de Nigeria. Una aristocracia de piel más clara, se consideraba a sí mismo superior a los huasa, etnia que había conquistado. Los invasores eran de piel más clara que los conquistados, de modo que, al igual que en la India, comenzaron a establecer una jerarquía de color en que se distinguían entre los fulani auténticos, los mestizos y los "verdaderos negros". Se tomaba en cuenta para estos fines el color de la piel, la forma del pelo y las rasgos faciales.

Sin embargo, esta distinción es entre los fulani y sus gobernados, y no se generalizó a todos los grupos porque la función no era jerarquizar a toda la humanidad, sino distinguir con toda claridad entre el grupo dominante y el dominado.

Ambos casos, tanto de los tutsi como de los fulani, corresponden a un etnocentrismo, y no al racismo real, doctrinario y “universalizante” en su concepción del mundo.

CONSTRUCCIÓN IDEOLÓGICA Y EVOLUCIÓN DEL RACISMO REAL

En el año 1492 Cristóbal Colón, buscando una vía para llegar a Oriente para burlar el monopolio árabe de las especias, se tropieza con una isla. Creyendo que había llegado a la India, aplica el gentilicio “indios” a los habitantes de América.

Sus primeras impresiones del Continente, documentadas en las cartas de sus sucesivos viajes, muestran cuán impresionado estaba de aquella naturaleza exuberante y aquella gente de una belleza para él indescriptible.

Ese “descubrimiento” da lugar a un intenso debate en Europa, puesto que no se tenían noticias de la existencia de los indígenas americanos. Los pueblos de la Biblia son apenas los que tenían alguna relación con las grandes civilizaciones de Babilonia y Egipto, y la expe-

riencia europea era fundamentalmente con África y el Medio Oriente.

De repente los europeos se encontraron en la presencia de pueblos hasta entonces desconocidos para ellos, con su propia etnicidad.

Los intelectuales y teólogos realizaron ingentes esfuerzos para acomodar estos nuevos pueblos dentro de su esquema tradicional. Paracelso, en 1520, postuló la teoría poligenésica, vale decir, que los indígenas no descienden del tronco común de Adán y Eva, tal cual era la tesis monogenésica religiosa generalmente aceptada por todos.

Comienza aquí a desarrollarse por primera vez en la historia humana, la doctrina del racismo tal cual la entendemos hoy, vale decir, una concepción del mundo según la cual las características físicas externas corresponden a rasgos psicológicos e intelectuales que permiten a su vez jerarquizar los grupos humanos con base en esos marcadores, a resultas de lo cual hay una raza superior dominante en todos los aspectos y que se atribuye todas las facultades típicamente humanas. Ese es el racismo real.

Estas discusiones no se circunscriben a una discusión estrictamente intelectual, sino que la práctica colonial y la esclavitud son acicates importantes en el proceso de formación ideológica y a su vez, constituyen ámbitos de aplicación práctica.

Los colonos, en su afán de utilizar la mano de obra indígena para la explotación de las minas y otras riquezas de los territorios que iban conquistando, recurrían a los argumentos más arbitrarios para justificar su pillaje. El dicho de Aristóteles de que algunos pueblos nacen para la esclavitud fue invocado. Y algunos religiosos, como Juan Inés de Sepúlveda, estigmatizó al indígena como vicioso, inferior, irracional y dijo que la diferencia entre un indígena y un español era comparable con el abismo existente entre un hombre y una mujer o entre un hombre y un mono.

Otro recurso utilizado por la nueva teología, esto ya para justificar la esclavización negra propuesta por Fray Bartolomé de las Casas en su malentendida defensa de los indígenas, es el de reinterpretar el relato bíblico de Noé. Según este relato, después del Diluvio Universal, Noé, estando en estado de embriaguez, se desnudó, lo cual causó a su hijo Cam gran diversión. Los otros dos hijos en cambio cubrieron a su padre. Cuando el patriarca recuperó su sobriedad y supo lo que había pasado, montó en cólera y maldijo a Cam. A partir de ese relato, los teólogos colonialistas generalizaron la interpretación, sobre la base de que los descendientes de Cam eran los negros.

Esta visión tergiversada de la historia bíblica, al equiparar al negro con los cananitas y los cusitas que son dos de los pueblos más importantes que según la Biblia des-

cienden de Cam, ubica a todos los africanos y sobre todo a los del sur del Sahara en la categoría de raza vil que rechazó la salvación de Jesús, y la prueba contundente de todo era el color de su piel.

La interpretación no resiste la crítica rigurosa. En primer lugar, porque los pueblos de ese período del relato bíblico no manejaban los conceptos de raza del siglo XVI y jamás se dice en ninguna parte de la Biblia que todos los negros descienden de Cam. Por otra parte se conoce cuáles pueblos fueron los descendientes de Cam, entre ellos como se ha señalado están los cananitas que fueron exterminados por los israelitas en su conquista de la tierra prometida y en ninguna parte se dice que fueran negros. Finalmente, todos esos sucesos son anteriores a la muerte de Cristo. Por tanto, aunque se aceptara como válida semejante aberración, desde el punto de vista teológico la interpretación es herética, puesto que si Cristo murió por los pecados de todo el mundo ya no había ninguna cuenta que saldar por parte de ningún pueblo en el siglo XVI.

En medio de aquellas elucubraciones, el Papa Paulo III emitió su bula *Sublimus Deus* en 1537, declarando con precisión que los indígenas sí descendían de Adán y Eva y que los europeos tenían que respetar su libertad y sus bienes.

Pero la postura papal tuvo poco efecto práctico para los africanos que cada vez en mayor número estaban siendo raptados de su tierra y esclavizados en América.

La intelectualidad europea estaba definitivamente en camino de completar su visión racista del mundo. De modo que pronto comenzó a surgir una serie de teorías pseudo científicas para darle una base supuestamente rigurosa a la gran ideología del colonialismo.

Voltaire colocaba al negro como especie inferior de hombre, con lo cual se adscribía a la tesis del poligenismo. Pero fue Linneo el verdadero padre de la lógica racionalizadora del racismo. En efecto, en su *Systema Naturae* de 1758 divide a la humanidad en cuatro grupos, cada uno de los cuales tenía su especificidad en lo físico, en lo moral, en su capacidad mental, así como en el tipo de relaciones sociales. Así, seleccionando algunas de las categorías utilizadas, tendríamos al *homo europaeus* que es de piel blanca. Reúne como grupo, todos los rasgos deseables del ser humano: es fino, ingenioso, y se rige por leyes. Fuera de ese grupo están los demás, el *homo americanus* de piel roja, alegre, vago, sujeto a costumbres. El *homo asiaticus* es cetrino, melancólico, avaro y se rige por opinión. Finalmente está el *homo afer*, el africano negro, de nariz simiesca, indolente, vago, negligente y que se rige por la arbitrariedad.

Las reglas básicas quedaron así señaladas. Los grupos humanos podían dividirse en diferentes categorías absolutas. Cada categoría tenía sus características particulares tanto físicas como intelectuales, psíquicas y morales. Las virtudes eran todas monopolio del hombre blanco que es

el auténtico "homo". Luego, como colorario se puede agregar que los blancos tenían el derecho de disponer de todo lo demás, incluyendo a los "homo" inferiores, de su vida, de sus bienes.

Buffon, contemporáneo de Linneo, publica en 1774 su tesis de corte naturalista. Se adhiere a la postura monogenista al aceptar que el ser humano tuvo un origen común, pero le atribuye a la naturaleza la responsabilidad de lo que considera una degeneración del ser humano. Blanco es el color primigenio de la naturaleza, según él. Por tanto, fue en contacto con el trópico que se ennegrece el ser humano, y se destruyeron algunos de los órganos más delicados de su cerebro, debilitándose sus facultades intelectuales. Además, este autor es el primero en aplicar la palabra raza a las diferencias morfológicas notorios entre los diferentes grupos humanos.

P. Kamper en 1781, al profundizar en las ideas de Buffon, cree distinguir rasgos faciales típicos de cada país a partir de lo cual concluye que el más parecido al mono era el negro, de ahí su inferioridad.

Cornelius de Pauw desarrolla la tesis de Buffon. Según él (1774) en la zona del ecuador, el ser humano se embrutece, se negrea, se le acortan sus días debido al aumento del ímpetu de sus pasiones. Su potencia se vuelve impotente, y su memoria se acorta a límites estrechos.

En 1815 se celebra el Congreso de Viena, actividad en que las potencias coloniales se ponen de acuerdo y se reparten el mundo. En ese contexto, se levantan dos tesis sobre la dinámica de la historia: la de Marx y Engels (1848, 1867) que postula la lucha de clases como la fuerza motora, y la de Arthur de Gobineau quien, en 1853, publica su *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*. Para él hay tres razas principales fundamentales, la raza blanca, la amarilla y la negra.

Pero la propuesta de este autor trasciende esa clasificación inicial, para postular la existencia de subrazas. Concretamente, sostiene que la raza blanca se divide en tres, los arios que son los únicos blancos verdaderos y los creadores de la civilización. Los otros dos grupos son, los alpinos de origen mongoloide, y los mediterráneos de origen africano. Y advierte que no se puede dejar la dinámica social en manos de los últimos dos grupos, porque la humanidad volvería a la barbarie.

En aras de la precisión es imperativo el señalar que el planteamiento de Gobineau en el fondo es una propuesta clasista. Aunque por una parte establece que la cuestión étnica domina todos los demás problemas de la historia, y alega que la desigualdad de las razas explica el destino de los pueblos (Charles, en Celade, 1980:40) sostiene a la vez que la nobleza europea es aria, descendiente de los germanos que tumbaron el imperio romano. Vale decir, en el fondo de todo se trata de demostrar que la aristocra-

cia europea constituye una raza superior. Clase y raza se confunden.

De las tesis anteriores se desarrollará la idea de Hunt (1865) en torno a la responsabilidad civilizadora que tiene el hombre blanco, y la celtomanía expresada por Quatrefages (1872) según la cual los celtas son los verdaderos arios.

El racismo ya estaba bastante configurado. Primero racismo basado en los rasgos somáticos externos más visibles de los diferentes grupos humanos. Luego, el racismo asociado a una clase social. Faltaba el racismo vinculado a la nación y ese fue precisamente el “aporte” de Houston Chamberlain.

En su ensayo titulado *Fundamentos del siglo XIX* este critica a Gobineau. No hay que buscar al ario en la nobleza europea. Todos los arios están concentrados en Alemania y se llaman teutones.

Por supuesto, no hay un tipo físico alemán claramente distinguible de todos los demás europeos, por lo cual evita cuidadosamente el recurso a lo físico. Por ejemplo, como se ha señalado a abordar las cruzadas, algunos judíos no se podían distinguir fenotípicamente de los demás alemanes lo cual le planteaba un problema serio a Chamberlain si delineaba características físicas precisas. Este recurso permitió actualizar ideológicamente la cuestión

de los judíos, haciéndoles objeto de odio y a la postre responsables de los problemas de los alemanes.

Según él, el que es alemán lo es por su actitud. Raza y nación se confunden ahora. Se trata más bien de un etnocentrismo racista, porque en realidad es la cultura y la nacionalidad lo que cuentan más que el color de la piel o la forma del pelo, aunque estos factores son importantes como elementos diferenciadores dentro de la raza blanca a partir de Gobineau. Y frente a la nación-raza, al otro lado de la acera, como enemigos irreconciliables están los judíos, con los cuales no hay que tener relación porque una asociación frecuente o una lectura asidua de sus diarios pueden convertir a cualquier mortal en judío (Ribériöx, en Commarmond y Duchet, 1972:195).

El rey de Alemania, el kaiser Guillermo II acoge con mucho entusiasmo el libro, y se convierte en uno de sus principales difusores. A la vez, agrega la idea del “peligro amarillo”, es decir los chinos, en quienes ve una amenaza para la civilización europea.

La doctrina del racismo queda estructurada de manera completa con Spencer y los social-darwinistas. Este grupo de científicos sociales, generalizando la teoría evolucionista de Darwin, la aplican a las sociedades y a las razas. La lucha entre la raza blanca y las demás es inevitable, porque la primera es cristiana, civilizada, y vive en un hábitat templado. La naturaleza proveyó animales grandes, útiles para el trabajo y les dotó de una mente su-

perior. Las otras razas practican el sacrificio humano, son bárbaras, viven en un ambiente tropical, sin grandes animales, y sufren de un infantilismo crónico e incurable.

La teología protestante acoge de buena gana estas concepciones. De hecho, los misioneros se hacen voceros de esa superioridad blanca, y cumplen en las colonias más que un papel evangelizador, un papel “civilizador”, vale decir, aculturizador. Por ejemplo, Luepke, citando a H. Loth, reproduce las palabras de un inspector de misión, quien en 1859 comentaba que era obvio que las diferencias raciales eran producto de un decreto divino, y sobre esa base se preguntaba si tales disparidades no implicaban también diferencias frente a la salvación. No será, se interrogaba, que:

En la Nueva Alianza, a pesar de la universalidad de la misericordia que aparece en Cristo, en el tiempo actual en este mundo hay un número de personas y naciones a quienes hay que detener hasta la llegada de un nuevo período en el Reino de Dios (Luepke, 1978, t.n.).

En seguida, el pastor daba como ejemplo al negro, al bosquimano, al aborigen de Papúa. En ellos descubre no “solamente las características del hombre primitivo, distorsionado y materializado por el pecado” sino que asegura que hay un “secreto especial” que se esconde tras la noche de la historia.

La ideología racista se transmite ahora a los niños, por medio de los textos escolares y se predica en las iglesias.

En 1932 en las directrices que se da el movimiento religioso de “Cristianos Alemanes” se asegura que “en la raza, la Nación y las características nacionales vemos puntos de orden para nuestra vida”. Ese orden fue establecido por el mismo Dios y por tanto era un deber mantenerlo. “Por ese motivo cualquier mezcla de raza” debe ser rechazada. Mantener la pureza de raza era un imperativo de los alemanes. “La creencia en Cristo no destruye la raza, sino que la profundiza y santifica” (Luepke, 1978:3).

Se ha inventado al negro. Los africanos no eran “negros” en el sentido en que empleamos la palabra hoy en día, sino integrantes de diferentes pueblos, al igual que en América los “indios” no existían como tales antes de la llegada de Colón, sino que cada uno estaba integrado a un pueblo particular. Los africanos secuestrados y traídos a América y los que permanecían en las colonias en el Continente, eran ashantis, yorubas, o mandingas, como los indios de América eran mayas, aztecas o bribbris.

Los europeos inventaron dos grandes categorías en las cuales agruparon a los pueblos. Indio pasó a ser el nombre genérico de todos los pueblos nativos de América y negro se convirtió en el apelativo de los africanos y de los afrodescendientes en todo el mundo. De hecho, al principio, el término “negros” se aplicaba a los pueblos que vivían en las riberas del río Níger. Sin embargo, poco a poco se generaliza el término hasta llegar a denominar de esa forma a todos los africanos. Cada uno de estos gru-

pos adquirió su propia definición. La siguiente descripción de los negros ilustra este punto:

Todo sentimiento de honor y de humanidad es desconocido por esos bárbaros; ninguna idea, ningún conocimiento que pertenezca a los hombres. Si no tuvieran el don de la palabra, solo tendrían de los hombres la forma. Tienen una inteligencia que parece por debajo de la que admiramos en los elefantes (...) su natural es perversa, todas las inclinaciones son viciosas (Duchet, en Commarmond y Duchet, 1972:175).

Uno hoy día se asombra de que fuese posible una estigmatización tan burda de los “negros” cuando precisamente Egipto con sus dinastías faraónicas negras, constituye la fuente misma de la civilización occidental y cuando los grandes maestros moros españoles contribuyeron tan decisivamente a sacar a Europa del oscurantismo, reincorporando por ejemplo la civilización griega clásica que se había perdido y aportando elementos propios de la cultura de los árabes y africanos.

Queda claro que la estructuración del racismo corresponde al período de expansión europea. No hay evidencia histórica de que en un contexto histórico distinto, anterior a ese período, se hubiese dado un fenómeno semejante. Pero la ideología no murió con el colonialismo.

En el ámbito europeo, Adolfo Hitler retoma y relanza en la Alemania de los años treinta, las ideas de Chamberlain. Reinviene la superioridad de la cultura y de la nación alemanas y descarga todo el odio sobre los judíos.

En la época medieval en teoría y a veces en la práctica, los judíos que apostataran de su religión y abrazaran el cristianismo podían escaparse de los extremos de la persecución. Pero en la Alemania nazi no hay ninguna manera de cambiar esa condición de judío aunque el sujeto así lo deseara.

En setiembre de 1935 la Ley de Nüremberg prohibió toda relación matrimonial o extramatrimonial entre judíos y alemanes. Los judíos no podían emplear en su servicio doméstico a ninguna mujer alemana menor de 45 años. Los judíos no podían usar los colores nacionales de Alemania. Algunas municipalidades fueron más allá, extendiendo en el colmo de los colmos tales regulaciones a los animales. Llegaron a prohibir el apareamiento entre una “vaca judía” y un “toro alemán”.

Se lanza al pueblo alemán a la conquista del resto del mundo, para establecer un imperio que debía durar mil años. Se buscaron las bases biológicas para crear una raza pura de arios, con la idea de llegar a la sustitución de las “razas inferiores” o a su aprovechamiento como bestias de trabajo.

Alemania fue derrotada pero el racismo no fue extirpado. En primer lugar, porque ya era un concepto consubstancial a la civilización occidental, de modo que eran racistas las potencias militares vencedoras, aunque la intensidad y las características específicas del racismo diferían de un contexto al otro.

El último bastión del racismo militante fue Sudáfrica. En esa nación surgió el *apartheid*, doctrina que postulaba el desarrollo separado de cada una de las razas y grupos étnicos. El sistema segregaba a los habitantes de la nación en términos de raza y etnia, definiendo por ley los espacios y los servicios que correspondían a cada uno, y la remuneración que podían recibir por el mismo trabajo. Las diferencias entre los grupos se consideraban de origen divino y por tanto inmutables. Los blancos como raza superior, constituían un pueblo escogido por Dios y con todo el derecho divino mantenían a los negros en reservas llamadas “bantustanes”.

El régimen sudafricano era sin duda un estado militar de filiación fascista. Uno de los principios jurídicos más importantes que se aplicó contra el negro es el de la presunción de culpabilidad. Es decir, el acusado por el estado no se presumía inocente hasta que se probara su culpabilidad, sino que se presumía culpable y tenía que probar su inocencia.

Este régimen fue finalmente derrumbado por la lucha interna de los africanos y la presión exterior. La elección de Nelson Mandela como presidente de Sudáfrica en 1994 marcó el fin formal del sistema, abriendo un nuevo día para toda la humanidad.

En los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, los colonizados y excolonizados fueron convocados a la reconstrucción y expansión económica europea, en cali-

dad de mano de obra barata. Se movilizaron hacia las grandes metrópolis millones de trabajadores del Caribe, África y Asia, principalmente para ocupar los cargos de menor especialización de tal modo que la mano de obra europea pudiera concentrarse en las tareas más especializadas.

Este sistema operó con relativa facilidad durante unos cuantos años. Sin embargo al completarse la reconstrucción europea y desacelerarse el crecimiento, la presencia masiva de población ajena a Europa comenzó a producir fricciones y una creciente xenofobia.

Para principios de los 80, mientras se derrumbaba el *apartheid*, fue introducido en Alemania y en Escandinavia el Ku Klux Klan, la organización terrorista norteamericana, tradicionalmente dedicada al linchamiento y quema de negros. Se comenzó a notar asimismo un resurgimiento de grupos neo nazis en Alemania y otros países, como el *National Front* de Inglaterra y los *Skin Heads*, y de actividades anti semita y anti mulsumán en Francia.

En ese contexto, un grupo de intelectuales alemanes le daban nueva vida a las concepciones racistas y xenofóbicas. Estas ideas, contenidas en lo que conoce como *The Heidelberg Manifesto*, actualizan las mismas vetustas ideas del racismo tradicional.

Los redactores fueron 15 académicos de diversas disciplinas, incluyendo un ex ministro de gobierno. Este gru-

po expresaba su preocupación por la inmigración en forma altamente xenofóbica. Los millones de extranjeros constituían una amenaza para el idioma, la cultura y el carácter alemán. Y rechazan de plano toda posibilidad de “germanización” de los inmigrantes. El grupo llamó a formar una coalición ideológica no partidista para la preservación del pueblo alemán, su identidad espiritual basada en la tradición cristiana occidental.

El documento no deja de contener una gran dosis del cinismo que se ha señalado de los racistas coloniales. Se declaran opuestos al racismo, al nacionalismo ideológico y a los extremismos, sean de derecha o de izquierda. Pero a la vez postulan:

Las personas son (biológica y cibernéticamente) sistemas vivientes de orden superior, cada sistema difiere de los otros por sus características distintivas las cuales son transmitidos genéticamente y por tradición. No es posible integrar grandes masas de no-alemanas y al mismo tiempo mantener el carácter y la identidad de nuestro pueblo, lo cual lleva a los ya conocidos desastres étnicos de las sociedad multiculturales (PCR Information, 1982:18. trad. de la versión inglesa, énfasis agregado).

Es interesante que al mismo tiempo, declaran estar de acuerdo con el respeto a las diversas culturas que según ellos deben preservarse más no asimilarse, en tanto que cada nación es un factor único en el Plan Divino.

Su estrategia para la solución del problema se estructura sobre tres puntos: mejorar las condiciones de vida de

los inmigrantes en sus propios países para evitar su inmigración; sustituir la mano de obra extranjera por el trabajo de máquinas robóticas y repatriar a los trabajadores inmigrantes a sus países.

De 1980 en adelante, el movimiento neonazi ha crecido y son numerosos los casos de inmigrantes y sus descendientes europeos que son quemados vivos en sus hogares, así como la creciente brutalidad policial en contra de estos ciudadanos. Las viejas ideas de Gobineau y Chamberlain siguen vigentes.